

Seis en torno de la mesa
como seis espigas tiernas.

Seis lechos albos,
seis cabeceras
con ébanos y caobas
y oros vertiendo cenefas.

Y un arrullo de arcángeles rubios
que duerme amorcillos
sin aljabas, sin arcos ni flechas.

Seis auras limpias
de líneas griegas;
seis mañanas azules
aromasas de albahaca y yerbabuena;
seis alondras rompiendo madrugadas...

Seis mocitas brotando primaveras
signando a España con su arcilla nueva.

JOSÉ CANAL



POR LA GEOGRAFIA CACEREÑA

FESTEJOS POPULARES DE CARACTER TAURINO

La fiesta taurina al estilo verato

MUY típicas, muy movidas y animadas por excelencia son las fiestas taurinas que —al estilo verato— con un marcado sabor y continuando la antiquísima tradición se celebran en toda la entrañable geografía de la rica comarca natural de la Vera.

Mas conviene hacer resaltar siquiera lo más interesante. Para ello vamos a elegir al pueblo de Cuacos de Yuste, unido a la mocedad de Jeromín, futuro don Juan de Austria, que contribuyó a alegrar las postrimerías de su egregio progenitor, el César de Occidente, Carlos I de España y V de Alemania, Emperador de dos mundos, que al decir del gran hispanista y profundo conocedor de su vivaz pensamiento, el vizconde Ch. Terlinden, «es preciso concederle un puesto de honor en la historia».

En los días 14, 15 y 16 de Septiembre, consagrados al Santísimo Cristo del Amparo, se lidian las reses al estilo verato.

Ante todo subrayemos el importantísimo papel de los «encabezados» que, de ley ordinaria, suelen ser tres mozos vestidos a la antigua usanza, con zahones, gorra encarnada con cintas de diversos colores —predominando el verde y rojo— preparada ilusionadamente por la novia y provistos de pica.

Una semana antes los «encabezados» —en número de seis u ocho— piden por las calles, bares y tabernas, para adquirir el ganado.

Los «encabezados», por la mañana del día de la fiesta taurina, van por el ganado a la finca donde se cría, y después de seleccionarlo, lo trasladan con la «capea» y desfilan por las calles del pueblo y alrededor de la plaza en caballerías enjaezadas. Es un desfile vistoso que llama extraordinariamente la atención.

Luego se efectúa la prueba del ganado en una tienda, en la que se elige el toro y se celebra una verdadera capea.

Por la tarde tiene lugar la fiesta taurina propiamente dicha, el toro. Es una fiesta muy bonita, que constituye un verdadero alarde de valor. A la salida del toro del toril pueden verse dos nutridas filas de mozos que tienen por misión clavar al toro un rejón que ha sido adornado con papeles de colores por la novia. La salida del toro se verifica mediante el toque de la campanilla por la autoridad local que preside la fiesta. Los toques son tres: al primero empieza a dejar la plaza libre de público; al segundo continúa desalojándose, la gente se mete en los burladeros y tablados, carros y escaleras, y al tercero, la plaza queda libre; el Alcalde entrega la llave, y acto seguido es abierto el toril y sale el toro.

Durante la lidia, la autoridad dispone el encierro del ganado y suspensión momentánea de la fiesta para que la juventud pueda refrigerarse, tomar alguna copa, libando el delicioso caldo de la tierra.

El final de la fiesta taurina termina con la suerte de matar, que suele ser a espada o a maroma. La muerte a maroma es propicia a la prolongación y a que surjan incidentes y apretones, achuchones y en algunos casos a que no se puedan matar los toros, por lo que hay que acudir a la fuerza pública para sacrificar el ganado.

Durante la celebración de la fiesta, la plaza verata presenta un magnífico y animadísimo aspecto. Se trata de un espectáculo que llama profundamente la atención por el vistoso colorido que ofrece. El balconaje típico de la Vera - de alero saliente - se viene abajo repleto de la bella juventud femenina, que luce sus mejores galas: el traje regional que realza sus encantos. Que consiste en refajo picado, mandil negro con remate de puntilla, blusa blanca y corpiño negro. (Hay quien suprime el corpiño por pañuelo de cien colores). Supera en mucho al balconaje andaluz cargado de flores: aquí son las hermosas flores cacereñas del jardín paradisíaco de la Vera, cantado por el clásico Acedo de la Barrueza.

No es posible referirnos a la fiesta taurina de la Vera sin consignar algunas de las sonadas canciones alusivas al popular festejo. Grupos de jóvenes cantan con inmensa alegría la «Torera», canción transmitida por los antepasados:

Ya está el torito en la plaza
y el torero en la barrera,
las mozas en los balcones,
diciendo que el toro muera,
las mozas en los balcones,
diciendo que el toro muera.

Ya viene el torito bravo
por la tierra de Garganta,
con el cuerno ensangrentado
pisando la nieve blanca.
Otro toro y otro toro,
piden las niñas bonitas.

Echale, échale, échale
échale fuera,
ese torito bravo
que es de carrera.

La, a, a, a, ..., vi llorando.

Las señoritas vestidas con el traje típico figuran en la presidencia acompañando a la misma, y tienden el pañuelo de cien colores por delante del balcón.

Todos los años concurren a las fiestas reseñadas gentes de los pueblos de la comarca.

A la caída de la tarde, salen a recibir a los que llegan de los toros los que no pudieron concurrir y los interrogan:

-El toro de Garganta
¿Qué tal ha sido?

-Pregúntale a Emeterio
qué tal le ha ido.

Dando a entender claramente con esta respuesta que si el toro no ha cogido a nadie no ha sido bueno.

Esto es una ligera pincelada de la fiesta de los toros al estilo verato, que goza de una gran popularidad y admiración.

El ilustre maestro del folklore, Bonifacio Gil, que ha entregado su alma a Dios en Madrid, autor de un excelente «Cancionero extremeño» y de una enorme obra que quedó en importantes revistas españolas y extranjeras, dedicó mucha atención al tema taurino en la tradición extremeña, y de sus labios autorizados escuchamos un verdadero repertorio de canciones en amenas conferencias y en las charlas que con el mismo sostuvimos por estar unidos en comunidad de ideales y sacrificios patrios y pertenecer además al glorioso Ejército Español. (Bonifacio Gil: «La canción taurina en la tradición extremeña», R. E. Extremeños, XII, 1956).

La fiesta taurina en los pueblos del Valle

La fiesta taurina tiene interesantes manifestaciones en los pueblos del Valle, que ha recogido fielmente la fina escritora Isabel Alia Pazos, en su «*Kaleidoscopio del Valle*», que ve la luz en las páginas del diario «Hoy».

«Es costumbre por estos pueblos —anota la escritora toledana injertada en cacereña— cuando se está de fiestas, que los mozos canten la «Torera», la típica «Torera» del Valle:

«Ya le podían haber puesto
las banderillas al toro,
con cinta verde
y anillo de oro.»

Hacia el tercer día de la fiesta, es como instando a la autoridad para que pida permiso para las capeas en la plaza y así se prolonga la fiesta otros cuantos de días.

Año hubo en Jerte que por esta causa duraron las fiestas del Cristo diez o doce días, pues los encargados de ir a buscar al novillo se lo dejaban escapar y había que ir a recogerlo, mientras en el pueblo seguía la fiesta.

En Tornavacas, la capea se hace en un cercado que hay en las afueras del pueblo, y el público presencia el festejo desde las barreras naturales de la falda de la sierra.

En Jerte se cierra la Plaza de la Independencia con maderas y desde los balcones el pueblo presencia la corrida.

En Cabezuela del Valle antes se hacía en el amplio atrio de la ermita de Peñas-Albas; desde hace unos años festejan los toros en una plaza portátil de madera, que instala en la Nava del Vadillo.

Y siempre resulta animado, pues la gente moza entonaba las típicas tonadas de la tierra, que diría Gabriel y Galán.

Ya hace años que no hay capeas en ningún pueblo; en Cabezuela sí las hay, pero es por lo finolis, en la plaza portátil, que resulta más cómodo y menos típico, pues el pueblo acude tan hecho el cargo y con caras de personas importantes.

Casi siempre las capeas eran motivo de disturbios y pugnas entre los mozos de un pueblo y otro; ya se van culturizando estas gentes y esas riñas apenas si existen.»

Animados festejos taurinos en Cañaverál

El cronista vivió parte de su infancia en Cañaverál, población a la que profesa por ello singular afecto, pero al tratar de cuanto contiene este estudio etnológico y en lo que concierne a la actualización, se ha auxiliado de su pariente don José Gómez Muñoz, que durante más de veinte años ejerció el Magisterio con extraordinaria competencia en la localidad cacereña.

Cañaverál, pueblo de Alconétar y también de las Limas, situado en la pendiente meridional de una sierra que es continuación de Guadalupe, cuenta entre sus fiestas típicas y tradicionales con la romería dedicada a San Benito, la consagración a la Santísima Virgen de Cabezón, la Asunción de Nuestra Señora a los cielos y a la festividad de San Roque, Patrono de la localidad.

La fiesta de la Asunción de Nuestra Señora y la de San Roque, son conocidas popularmente como «las fiestas de Agosto». En lo que se refiere a registrar la presencia de los hijos que desarrollan sus actividades fuera de la localidad, puede afirmarse que no queda un cañaveráliego que, por muy alejado que se encuentre de su patria chica, deje de asistir a estas populares fiestas. Algunos se presentan en el pueblo con ocho días de antelación. Todos los ausentes dejan sus vacaciones para disfrutarlas en su villa natal: es el mejor homenaje a la Madre común, al Santo Patrón y a la cuna, con lo que trae consigo todo esto en el orden efectivo.

La fiesta tiene dos facetas: la religiosa y la profana. La religiosa consta de misa y procesión, en la que figuran las imágenes de Nuestra Señora y San Roque, y a continuación se verifica el santo sacrificio de la misa.

Las profanas consisten en toda clase de diversiones y bailes, y como colofón, el animado festival taurino. Este suele variar en el número de días de toros; unos años duran dos días y otros tres; nunca se da el caso de que sea un día sólo; depende, desde luego, de la situación económica porque atraviesa el municipio. Antiguamente se traía el toro que se había de lidiar por la mañana acompañado de quince o veinte vacas que constituyen «la capea». A fin de prolongar algún día más los festejos, el primer día era de «pega». Todo el mundo estaba esperando el toro y resultaba que se inventaban muchas mentiras; las conjeturas giraban en torno a que «si se escapó», «si se había estropeado de puro bravo que era», «si había matado a unos vaqueros»; en fin, así pasaba el día de «pega». Una vez el toro en la

plaza con la «capea», se procedía a coger al toro, que había de ser hecho por los mozos y a brazos para encerrarlo en el toril. Aquí había verdadero derroche de valentía, heroísmo y habilidad. A continuación se hacía la capea con las vacas que venían acompañando al toro.

Por la tarde, la lidia de los toros en que los mozos lucen sus destrezas. A continuación de la lidia —esto también se ha suprimido— se echaba una maroma a los cuernos del toro y otra a una mano, y así se llevaba al toro al matadero municipal, donde se le daba muerte. Esto representaba otro medio de diversión, ya que los que llevaban la cuerda de los cuernos corrían delante y los de la mano detrás o viceversa. Se daban escenas de verdadero aprieto cuando uno de los bandos aflojaba su cuerda.

Las fiestas de Agosto —que gozamos feliz, ¡ay!, en nuestra niñez— tienen un marcado sabor localista, son muy tradicionales.

En los espectáculos taurinos jamás faltan los diestros locales, tan fieles al arte de Cúchares. A nuestra memoria acuden tipos muy interesantes que animaban la plaza en tiempos ya definitivamente pasados, como el «Rediós» y el «Regular».

Los espectáculos taurinos en Garrovillas de Alconétar

En Garrovillas de Alconétar se festeja mucho a su Santo Patrón, San Roque, y los garrovillanos ausentes de la localidad se concentran en su villa natal para asistir a la fiesta en honor del Santo. Son las fiestas locales principales del año y que duran desde el día 15 al 21 de Agosto, en las que hay que destacar los espectáculos taurinos.

Los vecinos piden «el toro» con gran algazara desde la salida de la misa, a la que asiste el Ayuntamiento en Pleno hasta la Plaza Mayor, porticada, una de las más amplias y bellas de la Alta Extremadura —cantada tantas veces con su firme y expresiva rima por el inspirado poeta, nuestro querido fundador y miembro del Consejo de Redacción, Fernando Bravo y Bravo— en la que el griterío y los saltos continúan para pedir el toro cuando el Alcalde —desde el balcón de la Casa Consistorial— promete que los habrá y anuncia los días que se lidiarán.

Los espectáculos taurinos suelen durar tres días, toreándose por la mañana vacas y becerros, y en cada tarde un toro bravo, al que arrojan el típico «regiletas» y «soplillos»; éstos se lanzan por medio de un tubo de lata a modo de cervatana a la plaza; además de los

cinco ventanales, se puebla de tablados cerrándose sus cinco entradas con enormes puertas de tablones, llamadas «talanqueras», y haciendo defensas denominadas genéricamente «churrines», consistentes en «empalizadas» y su «jaula».

Para llamar la atención al toro y probar su bravura, se colocan en la plaza muñecos de paja conocidos por «nenarraches», que producen la hilaridad de las personas que asisten al espectáculo. Muchas veces estos «nenarraches» hacen alegorías a algunos personajes que se quieren ridiculizar, en forma análoga a cómo se efectúan en otras regiones españolas.

Los festejos taurinos de Garrovillas se ven concurridísimos por el gran gentío que acude de la capital y pueblos vecinos.

El toro de San Juan, de Coria

Una de las festividades más típicas de Coria —ciudad episcopal, la cuarta Diócesis de las Españas— es la del día de San Juan, el llamado «Toro de San Juan». Es la más arraigada en la ciudad cauriense.

La fiesta de San Juan empieza propiamente en la víspera, el día 23 de Junio por la noche, y dura esta primera parte hasta la madrugada, en que tiene lugar el encierro del toro en un corral contiguo a la Casa Consistorial. Durante la mayor parte de la noche vense llamaradas en la plaza; es la clásica hoguera del «capazo», que consiste en ir encendiendo, una tras otra, las capacetas o capachos que han servido a los molinos de aceite, produciendo las grandes llamaradas citadas, a la que se acompañan con los sones de flautas y el parchear del tamboril, cohetes, bailes, cánticos y gritos de júbilos, que da a la plaza todo el encanto brujo de una «soná» misteriosa y que es la expresión recia de la alegría de un pueblo que lleva en su sangre el ardoroso sentimiento por la exaltación de la fiesta. Y es que en los caurienses pueden ahondar en su sentir como lo hacen los bravos navarros con sus famosos «sanfermines», ya que su toro de San Juan tiene caracteres muy análogos a la fiesta pamplonica.

Para el encierro del toro se le trae, acompañado de «capeones», becerrillos que vienen con las madres, a fin de que las vacas y becerros los lleven nuevamente al cercado, donde tienen al toro que se ha de torear. El ganado vacuno es conducido por gentes a caballo hasta una de las puertas de la localidad; una vez dentro de la muralla se le trae a la plaza, corriendo el público delante y detrás del ganado por las calles.

Al día siguiente, después de tocar tres veces las campanas, sacan el toro a la plaza por entre dos largas filas de mozos, que le esperan a la salida para ponerle banderillas. El toro es lidiado en la plaza durante media hora aproximadamente, y luego de otros tres toques de campanas, se abre una de las puertas y se le suelta por las calles, no sin antes haber cerrado las cuatro puertas de la muralla.

En esta parte de la fiesta, es en la que los caurienses dan una fuerte nota de emoción, es en la que intervienen como actores los hombres y mujeres que se encuentran con el valor y las piernas suficientes para correr delante y detrás del cornúpeto, durante esta parte del espectáculo, más de dos horas. Los mozos citan a cuerpo descubierto y el toro corre tras la multitud, que se refugia en casas, cuyas puertas permanecen abiertas, en las rejas se apiñan como si dijéramos racimos humanos para ponerse a salvo y evitar el encuentro con el «morlaco», mientras gritan «¡Eh toro!». Fijada la hora convenida, se le mata de un tiro de escopeta, pero siempre que es posible de frente, para lo cual y como es natural, se necesita también cierto valor. La bravura, el arrojo y el valor son indudablemente los signos ostensibles de esta fiesta cauriense.

Lo tradicional era que la fiesta del «Toro de San Juan» se celebrase con la lidia de un solo toro, que costeaba el Ayuntamiento; pero desde hace media centuria se ha hecho igualmente tradicional que den tres o cuatro toros seguidos, los días 24, 25 y 26 de Junio, coincidiendo casi con el solsticio de verano para enlazar con la feria de San Pedro.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



Octosílabos

El otoño

Me gusta más el otoño

con sus grises y violeta

que los oros encendidos

de la alegre primavera.

El otoño es el crepúsculo

que hacia la muerte nos lleva

y morir es cancelar

de golpe todas las penas.

PEDRO ROMERO MENDOZA